

La parte absurda de los términos.

Las palabras son grandes trasmisoras de ideas o pensamientos. Son las que llevan la esencia de un concepto de una mente a otra como pocas invenciones del hombre pueden presumir de poder hacer.

Las palabras son como son, únicas, fuertes o débiles, pero son como su significado las hizo. La cuestión es que no sólo eso conforma la esencia de una palabra. El uso que se le da es tanto o más importante.

Actualmente vivimos en una época generadora de información como nunca antes hubo existido, y eso hace que haya más palabras y más textos de los que nadie podrá leer jamás.

El problema viene cuando, como una moda, los hombres adoptan una palabra, favorecen su uso, y la repiten y explotan hasta que pierde su utilidad, que es la de la diferenciación. Esto no sólo sucede en internet, pero seguramente es aquí donde es más fácil verlo representado.

Pondré dos ejemplos. El primero es la palabra **procrastinación** (*acción de posponer algo*). Esta palabra fue introducida hace unos años en el ambiente de internet y de pronto todo el mundo comenzó a usarla. Se puso de moda. De ser básicamente un arcaísmo pasó a causar furor en foros y blogs.

Pasa el tiempo y pasa la moda.

Pero de pronto, sin saber porqué, surge otra, **cancamusa** (*dicho o hecho con que se pretende desorientar a alguien para que no advierta el engaño de que va a ser objeto*). Media red hablando de la economía de la cancamusa. Y de ahí a suplantarse a cualquier sinónimo que tenga porque claro, ahora es más llamativo usar este término. Ciertamente es que el primer uso de estas palabras tiene sentido en su contexto inicial. Y es la reiteración de la misma la que acaba causando un efecto extraño.

Parece que usar esas palabras dota a los interlocutores de un conocimiento sobre el tema que antes no tenían. Simplemente con la evocación de un término se da la paradoja de que la capacidad lingüística, sino intelectual, aumenta. Y no es el hecho de su aparición, sino de su reiteración lo que más llama la atención.

Todo esto no es sino el equivalente intelectual de los latiguillos que hasta hace muy pocos años se ponían de moda en la televisión y que todo el mundo usaba hasta que se dejaban de usar, bien por hastío o porque otra expresión ha tomado su lugar.

Lo realmente importante en la transmisión de información no es la cantidad de palabras cultas, arcaicas o complejas que uno sea capaz de utilizar, sino tener la capacidad de elegir siempre la que tiene un significado más acorde con lo que queremos transmitir, y si tenemos elección hacerlo de la forma más clara y sencilla posible.